

2013

Luna de la cosecha: Revista de escritura creativa

Follow this and additional works at: <https://digital.kenyon.edu/luna>



Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#)

Recommended Citation

(2013) "Luna de la cosecha: Revista de escritura creativa," *Luna de la cosecha*: Vol. 1 , Article 1.

Available at: <https://digital.kenyon.edu/luna/vol1/iss1/1>

This Full Issue is brought to you for free and open access by the Modern Languages and Literatures at Digital Kenyon: Research, Scholarship, and Creative Exchange. It has been accepted for inclusion in Luna de la cosecha by an authorized editor of Digital Kenyon: Research, Scholarship, and Creative Exchange. For more information, please contact noltj@kenyon.edu.

Luna de la cosecha

Revista de escritura creativa



Departamento de lenguas y literaturas modernas
Kenyon College



Número 1, Primavera 2013

¡Bienvenidos a *Luna de la cosecha*!

Luna de la cosecha es una nueva revista literaria del Departamento de Lenguas y Literaturas Modernas en Kenyon College. Kenyon tiene una gran tradición como un líder en los estudios literarios. Aquí en el campus, había varias maneras por las que se podía ejemplificar la escritura del cuerpo estudiantil, pero nunca en una lengua extranjera. Esta revista fue concebida como un lugar en el que los estudiantes podrán publicar sus obras de escritura creativa en el español. A lo largo de este año, un comité de estudiantes y profesores del español ha colaborado para realizar la publicación.

Además de esta publicación impresa, tenemos un sitio de web en el que se puede publicar su escritura en un lugar informal y además comentar sobre las obras de otros estudiantes. Puede visitar nuestro sitio de web luna.kenyon.edu para participar en nuestro foro, ver más submisiones y explorar nuestro archivo.

¡Entrega su escritura creativa a la próxima edición de *Luna de la cosecha*! Aceptamos prosa, poesía, obras factuales, cuentos de ficción y arte original. También, la entrega de obras ya escritas para clases de español está muy promovida. Por favor, manda su trabajo a lunakenyon@gmail.com.

¡Gracias por su interés y esperamos que disfruten de la primera edición de *Luna de la cosecha*!

El Comité 2012-2013

Eliza Weeks '13
Matt Corrigan '13
Profesora Sierra

Becky Gorin '14
Mary Sturgis '16
Profesor Landry

Yo Espero
Anna Sophia

En tu puño había mi clemencia.
Que me amarías, mentiras felices.
Aquí todavía las cicatrices,
Me enjaulan en mi vieja creencia.

Trampas y aislada inteligencia,
Me susurran las disculpas que dices.
Me maquillo de nuevo en barnices,
Preparándome en tu ausencia.

No sé cuál es peor, vivir sufriendo
Mirando tu cuerpo que me desliza
O de tu mano estar temiendo.

Temblar por tu amor o la paliza,
El pulso que yo estaba sintiendo,
Aunque aún espero, vida-sonrisa.

Un día

Celine Aenlle-Rocha

Mi abuelo anda con cuidado, porque él ama la tierra. La tierra le recuerda la mojada patria espesa que siempre le servía bien. Recuerda él las montañas altas en que luchaba con hombres valientes por sus derechos. Tuvo que huir de ellos eventualmente. Le hicieron dejar todo con la excepción de su esposa y niño y una bolsa de pañales.

El lugar nuevo sólo es un poco más frío. Noventa millas lejos, una punta que se extiende en el océano de un gran continente, es sólo un poco más fresco. Cuba siempre fue caliente, piensa mi abuela mientras se pone de pie por la ventana en Miami. La lluvia era siempre caliente y la música nunca pararía.

Hay una iglesia alrededor del edificio al que mi padre asistió por unos años en la escuela secundaria. Los cubanos son ruidosos pero es tranquilo allá, ya que hay una vista del mar. A veces yo, mi papi, su papi, hemos esperado allí en la hierba verde. Miro a mi padre, a mi abuelo, quiero decir, "un día". Detrás de la iglesia el mar les llama tranquilamente. Regresa, regresa a la isla, les dice. Regresa, porque la tierra te extraña.

Ahora, después de tantos años, los chicos no saben que el azúcar es casi como un dios. Que con azúcar el café es más que una bebida. Es una memoria de los tiempos pasados. Los padres pueden cantar las canciones viejas. Bailan despacio en el piso frío y rojo. Los abuelos hablan de las noches preciosas en que había vestidos blancos y comida tan rica que es como solo pudiera existir en esta isla.

Un día, dice el mar. Un día, te llevaré a tu hogar.

La Alucinación que es Kenyon

Kelsey Kiser

Amanece.

Descalza, mis dedos sienten la cerámica fresca,
vacilantemente yo dejo el mundo inundar mi cuerpo.

¡Tanta luz, tanta vida, tan verde por millas!

¡Tan feliz, creación elevada por la colina celestial!

Me visto como me siento: aguamarina, azafrán, rosa clara
chiffon fluido, penetrado por los rayos del sol.

Siento el tiempo parar.

El momento mágico que unifica la carne con la naturaleza.

¡Tanta luz, tanta vida, tan frágil silencio de dos mil respiraciones de ensueño!

¡Tantas cosas eternas, una burbuja en el tiempo, congelada!

¡Tanta luz, tan abierto el camino de insuperable iluminación!

Un paseo con la sabiduría donde puedes encontrar conversaciones de complejidad,
el camino es el camino de movimiento.[1]

Si la flor, si la piedra, si el árbol, si el pájaro ordena en el día su magia;
con nuestros pensamientos, creamos el mundo.[2]

Si todos pudieran conocer lo enigmático, si fuera algo claro y concreto,
sería la madrugada.

Debido a la muerte de la noche, es posible su vida...

¡Tanta luz, tantas ninfas asombrosas!

(Descalzo mis dedos sienten las piedritas)

¡Tanta luz, solo cortada por los arcos y los robles!

¡Tan lleno de flores delicados, abundante en la tierra sagrada!

¡Tan confuso y difícil buscar, pretender, comprender, y
aceptar la falta de palabras para describirlo....

[1] Williams, Terry Tempest. "Terry Tempest Williams Quotes ." *Good Reads* . N.p., n.d. Web. 2 Apr. 2012. <<http://www.goodreads.com/quotes/show/123271>>. Cita de su libro, *Leap*.

[1] Gautama, Siddhartha, and Eric. "With our thoughts we make the world." *Buddah Quotes*. N.p., 7 Feb. 2011. Web. 2 Apr. 2012. <<http://www.buddha-quotes.com/with-our-thoughts-we-make-the-world/>>.

Aproximaciones Retrogradas

Miguel Alvarez-Flatow

Las torpezas del amor, mayuscalizadas y declamando historias donde la gente siempre termina en su casa o en el manicomio, dictando, con un tono sonoro, que cuando se trata de adorar a otro, de depositar el corazón dentro de las costillas de alguien más, la línea entre afecto y defecto es más febril que la simple substitución de dos letras para cambiar el significado de una palabra. ¿Así se pronunciaran las palabras que no existen? Porque debe existir un nombre para cada consecuencia en el universo. Y una simple conjugación de líneas y palos y círculos académicos, con sus acentos condescendientes y sus comas multifacéticas, nunca le va a hacer justicia a lo que yo sentí en ese momento. Ni las poesías más afligidas, ni las serenatas más auténticas, ni los abrazos de consolación, ni los consejos de nostalgia, ni un solo de piano que con las yemas de los dedos desgarrar potencias, ni la vista hacia arriba del interior de un árbol espeso en ramas pero vacío en hojas, ni la manera en que llenas el vaso de agua de papaya a la medida exacta, ni un cielo esporádico, morado y amarillo y luego un rojo atravesándolo, ni cómo te envuelves en hojas de elefante, ni tus lunares en forma de constelación, ni tus pedos olor a mierda o tu ombligo salido, ni nada de tus otras perfecciones jamás le harán justicia a aquel momento de absoluto desfalco. Porque son ellas mismas la causa de mi terror, y ahora, mientras pienso esto, me pregunto cómo es que alguien va a poder interpretar lo que siento. Porque todavía estoy esperando el momento en donde alguien, algún artista muriendo de hambre o un economista millonario, quienquiera que sea, alguien por favor que le atine a describir lo que se registra al vivir, con todas sus aproximaciones retrogradas, y libar con los dedos el aire impalpable. O la fascinación por siluetas de luz negativa, y poder trazar tu nombre contra el fondo de la luna con una uña purpúrea de infección, para gritar con todas las campanas de la garganta hasta quedar mudo, y entonces, por fin, escapar la culpa de no poder describir adecuadamente como me has herido.

Recuerdos de una madrugada a la orilla del mundo

Marcela J. Colmenares

Una tarde de recuerdos en Gambier OH, USA

Que lástima que no tengamos la posibilidad de salirnos de nuestro cuerpo, de dejar al lado por un instante nuestra mente y nuestros sentimientos. Eso que llamaríamos: desnudarnos por completo. Más aún en momentos como estos en los que no tenemos fuerzas ni ganas de pensar, ni de sentir, ni de ser, ni de estar. Momentos en los que bien podríamos ser un árbol, una flor o un semáforo en el medio de una avenida). Días como hoy en los que te levantas y escuchas una canción que te revuelve el alma y te lleva a lugares en los que ya no puedes estar...

...El mar Adriático se desvanece en el horizonte mientras amanece y reaparece a los pies de las luces de Trieste. En la cima de las montañas se ve la silueta de un tren que parece de juguete y que tu no puedes escuchar; después de unos minutos se escuchan temblar los rieles de un tren que pasa, pero no lo puedes mirar. La brisa testaruda que en cuestión de segundos se apodera de todo el espacio te roza la cara, y entonces despiertas.

Sabes que en cuestión de días (y si eres lo suficientemente pesimista: en cuestión de horas) todo se va a terminar. La música es hablada y tu no entiendes muy bien lo que dice, pero igual con ella cantas. Tu solo cantas para no pensar, para sentir, para vivir un poco mas. Tu arañas la montaña con la punta de los dedos para evitar caer por el precipicio que de todas formas ya decidió desde hace mucho tiempo dejarte caer. Tu lo sabes, pero igual cantas. Los colores del cielo no parecen reales, ninguno se distingue. No tiene ningún sentido que el rosa, el naranja, el azul y el púrpura se mezclen de esa forma en el firmamento. Tampoco tiene sentido que a través de ellos se sigan asomando las estrellas y la luna. Es como si a dios se le hubiesen caído de la mesa las acuarelas con las que pinta al mundo. En ese mismo lugar una persona querida te dijo que, al sentarse allí, le parecía que estaba sentado en la orilla del mundo. Tu te reíste en ese momento, pero ahora te parece que tenía razón. Tienes frío, pero el frío no es una razón válida para abandonar un momento como este. Además, ya estas acostumbrada a tener frío casi todo el tiempo.

Te levantas, caminas al borde del mundo y te detienes para darte cuenta de que tus ojos se volvieron a encontrar con esa hermosa ciudad de escritores muertos a la orilla del mar.. esa ciudad que tanto quieres ver y que tanto quieres ignorar: Trieste. Te preguntas si Matteo te mintió y, en vez de estar en Venecia, lo esconden las paredes de Trieste. Sabes que de nada sirve dudar porque seguramente nunca lo vas a saber. Te gustaría estar allí para buscarlo en su casa o esperar a todos los trenes que van a llegar de Venecia hasta que lo veas caminando en dirección a ti, y luego corriendo para besarte y proponerte una fuga a Marruecos sin retorno, pero sabes que es inútil. Sabes que al reloj de arena no le quedan fuerzas para volver a girar. Sabes... que por mas que quieras no lo vas a volver a ver mas.

El mar Adriático es oscuro y profundo y frío. Pocas personas en sus cinco sentidos se atreverían a nadar allí durante la madrugada. Te llena de júbilo mirarlo y saber que eres una de esas pocas personas. Siempre relacionaste el Adriático con la grandeza del océano y la pacificidad de un lago como esos fríos y sin fondo que hay en las montañas suizas de Lugano. El mar no habla, el mar no grita. Susurra, suspira, gime. Muchas caras conocidas pasan por tu cabeza mientras cantas y te preguntas cómo vas a hacer mañana para despedirte de todas ellas. Sabías que no iba a durar para siempre. Siempre lo supiste, pero nunca te imaginaste que iba a acabar tan rápido.

Se acaba la música y sabes que es hora de volver a entrar. Te sientes tan afortunada como miserable.

Y hoy escuchas nuevamente esa canción y recuerdas hasta el olor del agua en la madrugada. Quieres regresar, pero sabes que es imposible porque ya Duino no es el mismo. Las acuarelas con las que dios pinta al mundo se pueden caer una y otra vez, pero nunca van a volver a caer en el mismo lugar.

Gringa María

Mary Sturgis

La mujer sentada en nuestro patio era una figura anticuada. Su rostro era arrugado, como papel de pergamino, y a su sonrisa, siempre presente, le faltaban algunos dientes. A pesar de su edad, sus ojos reclamaban su juventud con una luz juguetona que se reflejaba entre la lente de su iris. A ella le falta el sombrero tradicional que le hubiera marcado como un miembro de la comunidad de Cangali. Su pelo del color de la ceniza estaba expuesto al sol.

-¿Quién es?-yo pregunté a mi hermana anfitriona, Talía.

-Mamá grande- respondió ella.

Aunque entendí que ella era su abuela, mi mente extranjera no podía entender el apodo porque me lo pareció inmerecido: "mama grande" era pequeña, secada y quieta, como un ratón. Solamente sentó pacíficamente encima de un saco de trigo, pelando papas.

-¿Por qué no le llama *abuela*?

-Porque a ella no le gusta cuando las personas le llaman vieja- dijo Talía en su manera franca y inocente. Yo reí. Me pareció que era un poquito retrasado para ocultar su edad.

Caminé a su lado y me senté en la hierba.

-Hola. Me llamo Mary- dije yo en mi español fragmentado. Ella inclinó la cabeza a la derecha y su sonrisa desdentada se amplió.

-¡Gringuita!-su voz era aguda y fuerte. Pareció contentísima de verme por una razón que yo no entendía--¡Yurak siki!

La mujer empezó a hablar rápidamente, pero en vez de español, habló en Quechua, el idioma indígena de Perú. Para mí, podría haber sido mandarín.

-Mana entendenichu. Perdón, pero no le entiendo. No hablo Quechua-. No funcionó. Ella simplemente siguió hablándome en el idioma bonito, pero incomprensible.

Eventualmente, paró su discurso y me vio con expectativa. Parecía tan simpática. En ese momento, quisiera haber hecho alguna cosa para entenderla. Pero, como yo no podía, simplemente me sonreí y me puse de pie. Antes de irme, me di la vuelta para verla, extendí mi mano y le dije una de las poquitas frases que había aprendido.

Las siguientes contribuciones han sido inspiradas por una solicitud mandada a los estudiantes de Kenyon en la que se exigió escribir una obra empezando con las primeras líneas influenciales de Don Quijote: “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme”. Pedíamos que los estudiantes inventasen un lugar y usaran esta línea como un punto de partida.



En un lugar cerca del mar
Patricia Mota

En un lugar cerca del mar, de cuyo nombre
no quiero acordarme
Sentí tristeza
Al ver los pájaros que
volaban abarrotados
con nostalgia entre sus alas

Entre un bosque de ciervos
persigue los pasos
de un cuerpo cansado,
su divinidad hallé derrotada

Allí sentí el estado de la naturaleza
con las piernas temblando,
oro hilado es derivado del alma

Detuve a la dama sin rostro,
rechacé los recuerdos,
y la despedí antes de que oscureciera

Solo una luna habita las nubes
"Estás nublada por las mentiras,
La noche sueña con seducirte"

Sombras indirectas, dosel del bosque
Ocultan al marinero,
Su cara tiene rasgos de traición

Cuando diste a luz
Creí Dios mujer
Pero ausencia de sangre como
La fortaleza femenina

Entre tanto oculto
Yo en nada y él,
Hijo, de su padre.

En un lugar de las colinas

Por Eli Redfern

En un lugar de las colinas
de cuyo nombre
no quiero acordarme,
pasé yo una noche
ansiosa, loca, melancólica.

El atrio en el amanecer,
enfrentado por el marroquí.
Su capa morada me cautivó.
"Hace tiempo"
su mueca me decía
"que nos perdimos,
entre los nabos."

Andábamos, labios agrietados
hasta la chimenea,
subiendo y bajando
lo que nos impidiera.
No había ninguna,
amante ni novia,
pa' ofrecernos ningún bálsamo.

Gran escena estéril
explorada palmo a palmo.
Al tomar el dedal didáctico
nos escaparon los huesos mientras
se zambulleron mis dedos tras el lodo.

Como ahogado, cosecho lo subacuático
alga tras alga.
Somos bebés sin esa cuerda
de salvamento pensaba.
Limpiando dientes con hilo
hasta agua rosada fluye.

¡Erizos de mar!
Ustedes son muelas picadas
o serán pronto.

¿Tal arroyo, verdad?
Lo peor es la escalada
desde el arroyo.
Habíamos de correr, subir la pendiente
a pesar del "bosque de sombras"
que era su cara.
Los pies vuelan
como botellas de vino sean bebidas
como la llama sea chispada.

El sol ruge, derrotado.
Así es, desde las sabanas
dejadas por fin
al comienzo de su vida.
Mirada se pierde en el cielo.
La oscuridad es el mundo.
Cada estrella es su propia salvación.

El colmo de aquella montana
"no tengo miedo de este vértigo."
Arriba y abajo y a veces llanura.
El último no tanto aquí.
"ser un ángel es así,
el suelo se desaparece."

La canción del loro

Matthew Corrigan

En un lugar de la Arabia de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía un jovencito, Nabu. Nabu no era un chico normal, sino el contrario. No pasaba tiempo con sus amigos ni con su familia. No comía fruta ni verduras, ni siquiera bebía el agua, aunque su familia le proveía todo lo que necesitaba. El jovencito pensaba que todas las costumbres de la sociedad suya eran una tontería. Siempre esperaba vivir como los pájaros: feliz, libre y con una voz hermosa.

Un día, llegó a una palmera altísima sobre cuyas palmas estaba sentado un loro. Nabu lo miraba, contemplando a esta creación magnífica de la naturaleza. De repente, el loro comenzó a contarle un cuento, el de su último viaje al mar.

“Volaba días y semanas,” explicó el loro, “volaba tras montañas y desiertas, volaba por la mañana, y aún por la noche. Volaba hasta cansarme tanto que paró al lado de un hombrecito.”

Nabu se quedó asombrado de poder entender lo que le decía este loro.

El loro continuó, “siempre me gustaban los hombres,” decía con una aire de agrado en su cara, “porque, aunque no los entiendo, los sonidos y las vibraciones de la voz del hombre me fascinan.”

Interrumpiendo la historia, y echándose a reír, Nabu le preguntó, “¿por qué le fascina tanto nuestra voz? A mí me parece insoportable.”

“¿Por qué? Venga, hombre. Dígame. Dígame sólo una cosa,” exigió el loro.

“Es difícil articular lo que pienso, siempre se me escapan las palabras. Pero, no creo que haya nada interesante de la gente mía. Mi familia se sienta en el jardín todo el día charlando y comiendo. Es como si todos nosotros existiéramos sin saber por qué.”

“¿Sin saber por qué? Hombre, mire su alrededor. Mire el mundo. Es para saborear. Una plenitud de comida, un espacio casi infinito para explorar. Tiene los coches, los trenes y los aviones para llevarlo donde quiera. Sólo puedo volar hasta que me canse. Imagínese el vivir sólo hasta que se canse,” razonó el loro, con la elegancia de un filósofo.

La conversación producía en Nabu un sentimiento incómodo. Amablemente, Nabu se despidió de su nuevo compañero, y salió.

A pesar de dejar atrás el loro, Nabu todavía pensaba en lo que se le había explicado a él. “¿Cómo que un loro pueda cambiar la manera en que siempre he visto mi vida?” pensaba Nabu. “¿Tenía razón el loro? . . . ¿Tenía razón?”

Nabu caminaba con una parecida ferocidad, cuando una rama le puso una zancadilla.

En ese momento Nabu oyó la canción hermosísima de un pájaro, sentado en una rama fuera de su ventana. Sentía el calor suave en su mejilla, como si el sol le diera un saludo cordial al nuevo día, y su nariz encontró el olor del desayuno entrando sigilosamente en su cuarto. El niño se despertó en su cama, y miró al pájaro.

Con una sonrisa pura, se dio cuenta de que todo había sido un sueño.

En un lugar de la costa
Simon Hoellerbauer

En un lugar de la costa, de cuyo nombre no quiero acordarme, nació, en una casa pequeña con muros de adobe resquebrajado y con piso de tierra, el hombre que sería mi padre. Pobre era su familia, pobre nació y pobre creció. En este maldito punto de tierra, donde a veces nevaba y a veces llovía, pero nunca emergía el sol detrás de las nubes, grises y llenas de dolor, él vivió con sus padres, y cuando murieron cuando tenía 19 años, él vivió solo. Hermanos, él no tenía. Esperanza tampoco, sueños tampoco. Allá él trabajó, se casó. Reparó la casa, para ver la próxima tormenta destruirla entera. Pero, ¿adónde irse? La reconstruyó.

En un lugar de la costa, de cuyo nombre no quiero acordarme, nací, en una casa pequeña con muros de adobe resquebrajado y con piso de tierra, yo. Allá, jugaba en el oleaje helado, comía mi remolacha de cada día. Iba a la escuela, maldita sea, pequeña y fría, sin estufa, sin ventanas, sin meta, sin sentido. Cuando tenía quince años y ya no me quedó nada para aprender, porque no había nadie que pudiera enseñarme, empecé a trabajar con mi padre. A pescar, y siempre temprano. Día y noche pescamos. Toda mi vida, pescamos, hasta que mi piel creciera escamas, pescamos. El olor del mar, oscuro y verde, dulce, dulce, como la muerte.

En un lugar de la costa, de cuyo nombre no quiero acordarme, se suicidó, en una casa pequeña con muros de adobe resquebrajado y con piso de tierra, el hombre que fue mi padre. "Puedo oler el mar muriendo", me decía en noches frías, frotándose las manos al hogar, "un olor dulce, como el olor de las amapolas por las mañanas, un olor desapareciendo que permanece, siempre, siempre muriendo". Me acuerdo de cómo andaba por los acantilados envueltos en un velo de niebla, cómo miraba hacia el mar, buscando el horizonte. Fue un hombre de silencios mi padre. Espero que la muerte lo trate mejor que la vida. Y yo, yo tengo que salvarme.

Las siguientes contribuciones han sido inspiradas por las narrativas de viajes, leídas en el curso de Travel Narratives con la profesora Sierra. En esta asignatura, se habla muchísimo de la interacción entre el explorador y lo explorado desde el siglo XV hasta el XIX. Los textos presentados abajo se escribieron como cartas desde un punto de visto de un testigo de aquellas épocas con el fin de recrear una narrativa de viaje.



Diario: Mi viaje con Humboldt

Emily Grenen

Noviembre, 1788

En realidad, mi aventura empezó cuando conocí al joven Alexander en la Universidad de Gotinga en la Escuela de Minas de Friburgo. Llegamos a ser amigos en gran parte a causa de nuestro interés común en pasar horas en la compañía de los libros. Tengo muchas memorias de los días largos en la biblioteca, nosotros dos rodeados por millones de textos. Fue una obsesión. También, inspirados por las historias sobre la naturaleza de los lugares lejanos y exóticos, siempre hablábamos de nuestros sueños fantásticos de viajar y explorar esas partes del mundo.

Sin embargo, después de la Universidad, no oí nada de mi amigo. Yo sabía que él estaba trabajando como consultor e inspector de una minería para el gobierno prusiano. Me sorprendió la idea de que él hubiera abandonado sus ambiciones científicas.

Puedes imaginar, entonces, mi gran felicidad cuando me enteré de que Alexander había empezado a organizar un viaje hacia América - a pesar de mis dudas sobre la posibilidad de viajar a esta tierra nueva por los problemas políticos coloniales. Sin embargo, hace cinco meses yo recibí una carta de mi amigo con una noticia increíble. Según Alexander, él finalmente tuvo éxito con sus planes de viajar. ¡Además, Alexander von Humboldt me preguntó si yo quería acompañarlo en su aventura! Me entusiasmó la idea, y le respondí que sí. Aun el conocimiento de la larga y difícil travesía a través del mar no era bastante para disuadirme de estas ambiciones de viajar y estudiar aquella tierra increíble y exótica.

Marzo, 1799

Después de un viaje tan difícil y largo (¡en serio, no es posible imaginarlo!) nosotros llegamos a la América del Sur.

Todas mis frustraciones sobre el viaje se han evaporado. La naturaleza aquí es algo que los libros simplemente no pueden capturar. Hemos atravesado montañas, ríos, selvas y aldeas. Todas nuestras misiones tienen propósitos científicos; medimos, colectamos, anotamos y dibujamos casi cada cosa que encontramos. Aunque no ha pasado mucho tiempo desde nuestra llegada, nuestra colección de especímenes y plantas es impresionante.

Yo, inspirado por los dibujos de mi gran amigo Alexander, decidí recrear una imagen de un organismo fantástico, la anguila eléctrica, que encontramos durante varias de nuestras expediciones a través de la zona del Orinoco.

Pensamientos de un zoológico humano

Lizzie Thoreson-Green

Paris, 1881, Jardín d'Acclimatation: pensamientos de un zoológico humano

Cada día aquí es igual; lo único que cambia es la gravedad de la enfermedad que todos tenemos. Mi hermanita ya murió, no sé cuanto tiempo hace, y la tuve en mis brazos y lloré, pero los del Este no nos permitieron llorar. Son muy severos, esos hombres, y tienen ideas extrañas de qué debemos hacer. Mi papá y los otros hombres tienen que hacer cada día poses como si fueran a cazar o andar en canoa, pero no hay nada que cazar acá, ni ningún lugar para andar en canoa. Por ser niña, tengo que quedarme siempre cerca de las mujeres. Quieren mostrarnos en nuestro hábitat natural, pero nada es natural aquí. Aún el mundo afuera de la reja, por lo menos la parte que he visto, es artificial. Dicen que este parque es un pedazo de la naturaleza en la ciudad, pero todo lo que llevan aquí pierde su naturaleza. Las plantas, los animales, todo es como nosotros: restringido y manipulado de tal modo que somos meras imitaciones de quienes nosotros somos.

La nuestra es la exhibición más popular en el parque. Hay visitantes cada día que nos miran con mucho interés. Al principio siempre traté de volver la mirada, pero me cansé de algo tan infructuoso. Sus ojos pasan de mi cabeza a lo largo de mi cuerpo sin verme. Por supuesto ven mi cuerpo y el maquillaje obligatorio que llevo cada día, pero no me dejan devolver la mirada. Más que la reja física que nos separa hay una reja invisible que no nos permite un reconocimiento mutuo. Nunca he tenido más atención, y nunca me he sentido más invisible. A veces hay un niño o una niña que se queda unos minutos con la cara pegada a la reja y me mira a los ojos y parece preguntarme algo, pero antes de que adivine su significado ya se ha ido.

Tengo sueños en que me escapo del sitio de exhibición, y por unos segundos increíbles experimento un sentido maravilloso de libertad. Sin embargo, inevitablemente me doy cuenta de que estoy libre en un mundo que no es mío. Un hombre con un sombrero de copa y un bigote me mira con disgusto, doy la vuelta, corro hasta chocar contra la reja, y me despierto. Me quedo acostada pero nunca puedo volver a dormir. Trato de recordar la tierra que dejamos. ¿La veré otra vez? Los recuerdos que quedaron tan claros cuando al principio viajamos a través del océano se vuelven cada día más distantes. Tengo miedo de olvidar. La vida aquí no es una vida; vivo solo a través de los recuerdos, y si los perdiera, ¿que tendría?

Me veo
Jaqueline Neri

En el espejo de mi gente,
En los vestidos de mi hermana,
En el sudor trabajador de mi padre,
En la comida colorida de mi madre,
En las palabras sabias de mi abuelo,

Me veo.

En las calles ruidosas de mi ciudad,
En las cafeterías llenas de universitarios,
En las películas de Hollywood,
En las redes sociales cibernéticas,
En los canales de música popular,

Me veo.

Pero tú...
Sólo en la naturaleza mística,
Sólo en la música con instrumentos amerindios,
Sólo en las imágenes de *indios* exóticos,
Sólo en los idiomas nativos, que suenan como extranjeros,
Sólo en la desnudez y pintura corporal de mis antepasados,
Sólo en las especies diferentes de mi comida,
Sólo en el salvajismo de los rituales espirituales,

Me ves.

500 años después, y aún me ves así.

Escribí este poema desde la perspectiva de un amerindio de la era moderna que aún es visto como "el otro" y como exótico a pesar de que se ha asimilado a la cultura dominante y han pasado tantos años desde la colonización de las Américas. Hay muchos grupos indígenas a través de las Américas que aún viven sus vidas tradicionales y hay otros que se han integrado a la cultura moderna pero que mantienen algunas tradiciones. Sin embargo, tendemos a pensar en los indígenas como si ya no existieran o como si hubieran sido completamente exterminados.

Índice

Yo espero.....	Anna Sophia Ziton
Un día.....	Celine Aenlle-Rocha
La alucinación que es Kenyon.....	Kelsey Kiser
Aproximaciones retrogradadas.....	Miguel Alvarez-Flatow
Recuerdos de una madrugada a la orilla del mundo.....	Marcela J. Colmenares
Gringa María.....	Mary Sturgis
En un lugar cerca del mar.....	Patricia Mota
En un lugar de las colinas.....	Eli Redfern
La canción del loro.....	Matthew Corrigan
En un lugar de la costa.....	Simon Hoellerbauer
Diario: Mi viaje con Humboldt.....	Emily Grenen
Pensamientos desde un zoológico humano.....	Lizzie Thoreson-Green
Me veo.....	Jaqueline Neri